Kirie

Fuimos invitados a comer a la casa de los Gretchen.

Tanto Charlotte como yo coincidimos en que tal invitación no podía ser rechazada. Y esto se debía a que los Gretchen eran viejos amigos de mi padre, desde que el abuelo de los mismos, Franz Tommeau De Gretchen, se había hallado en el desafortunado incidente de encontrar su cuerpo por debajo de su caballo de caza en una de las partidas que celebraba todos los domingos hacía medio centenar de años; y desde que mi progenitor, Edmund Berenice, fue quien lo salvara de tal predicamento apelando a una fortaleza bruta que mi cuerpo no parece haber heredado.

En cuestión, tal amistad, si bien superficial en cuanto a los lazos que la formaban y al carácter taciturno de mi querido padre, era del tipo de las que fuerzan a sus descendientes a seguir participando del tedioso entramado de la buena educación, que, a decir verdad en este caso, era una velada magnífica de la cual ni Charlotte ni yo planeábamos perdernos. Por eso mismo fue que al recibir la invitación nos vestimos de gala de inmediato; mi viejo traje de lino fue desempolvado para servirme de nuevo, y Charlotte hizo uso de su magnífico vestido de encajes de seda, el mismo que usara para asistir al baile en el cual nos conocimos hace años, al que decoró con un collar de perlas, única herencia de su finada abuela.

No fue costoso ni tedioso el viaje a las propiedades de los Gretchen, que hicimos en carruaje. Debimos atravesar, desde luego, a la turba enfurecida que reclamaba por un mundo mejor; pero que cedió al cabo de un tanto a los esfuerzos de nuestro conductor y su fusta. Para cuando atravesamos la gran verja, ya sus chillidos no nos aturdían, por lo que ambos pudimos relajarnos viendo los abedules, las magnolias y los cántaros; todo el decorado algo empalagoso que nos guió hasta la fachada del edificio principal.

Descendimos, y el chofer se retiró. Debían ser alrededor de las siete de la tarde; pronto caería la noche. Luego, el Silencio.

Aun quedaba tiempo. Charlotte y yo intercambiamos miradas, algo impresionados con tanta opulencia, y la puerta de entrada se abrió. Allí se hallaba alguien a quien yo reconocía, vestido con un traje de mayordomo cuya cola iba por debajo de las rodillas, que se inclinó al reconocernos.

-Pasen, por favor.

Torrence Gretchen, hijo del segundo matrimonio de Rahal Gretchen, uno de los hijos de Franz Tommeau. Conocía a su persona, y habíamos sostenido una charla más de una vez: era un joven apuesto, de ojos de esmeralda y cabello oscuro como el alquitrán, de pocas palabras y actitud sensible. A mi lado, al verlo, pude ver la actitud de Charlotte enardecerse.

Pero el joven no pareció darse por enterado.

-Adentro podrán resguardarse del frío.- nos dijo, tomando nuestros abrigos y dejándolos sobre el perchero- Es una temporada espantosa.

-Ciertamente lo es- dije yo, intercambiando miradas con mi compañera- Y el camino estuvo lleno de problemas. Nunca vi a las multitudes tan espantadas con el Silencio.

-Así mismo es. Mírelo usted, señor Edmund; inclusive la servidumbre de esta casa, las más de cincuenta barrenderas, las quince mucamas, los dos mozos de cuadra y los catorce mayordomos han decidido fugarse, como si nada, bajo la excusa del Silencio y del peligro que les representa.

-¡Menuda tontería!- rió Charlotte- Es como si no conocieran las vueltas infinitas de la vida. Desde pequeña, caballero, he visto al evento innumerables veces por la ventana de mi habitación; y nunca que conociera se llevó a ninguno de mis familiares ni a algo de lo que poseíamos.

Yo noté para mis adentros, divertido, que la familia de Charlotte poseía más bien poco.

-...lo importante, ante todo, es estar preparado- asintió ella- ¿No lo cree así... señor?

-El caballero es Torrence, querida. Y Torrence, querido amigo, mi dama es Charlotte Depeaux, mi esposa y, estoy obligado a añadir, una excelente amiga.

-A su servicio- se inclinó el joven.

-El placer es todo mío.

Torrence volvió a erguirse, y la cola de su atuendo fue lo que seguimos por los grandes corredores de la mansión, la mayoría apagados y, contrario a sus palabras, más fríos que el ocaso que dejábamos afuera.

-Debido a la fuga de nuestros empleados, me temo que yo y Kirie seremos sus anfitriones, su servicio, y su único entretenimiento. Con todo esto, tendremos comida, bebida y recreación en abundancia. Acompañenme a la sala de estar, por favor. Allí crepita un fuego reparador.

-¿Kirie?- pregunté yo, mientras Charlotte tomaba mi brazo y se pegaba a mi lado- ¿Se refiere a su prima, la señorita Gretchen, si no me equivoco?

Nuestro guía hizo un pesado asentimiento. Y mi alma, que de momento se hallaba aborreciendo la soledad y el abandono de tal hermoso monumento a la opulencia de esa noble familia, dio un giro de ciento ochenta grados por la expectación. Había habido en mis días toda clase de rumores sobre Kirie Leison Gretchen, la hija favorita del hijo favorito del legendario Franz Tommeau, la doncella que su padre había intentado resguardar de las lujurias de los jóvenes a través del encierro y el misterio. Bastaba decir, para explicar mi curiosidad, que en mis innumerables visitas a la familia, ni una sola vez había visto yo a la tal Kirie ni me había atrevido a preguntar demasiado sobre su ausencia, al punto que llegué a pensar que se trataba de una mentira, de un cuento o una leyenda que se pasaba de boca en boca; que Kirie había sido el deseo de todos nosotros de hallar en alguien de los Gretchen un receptáculo para nuestros instintos más perversos.

-Mucho ha acontecido desde la última vez que tuvimos el honor de su visita, señor Edmund- me explicó Torrence- No sólo la servidumbre se ha puesto rebelde, sino que nos hemos visto azotados por las pérdidas. ¿Le llegó acaso la misiva, que informaba de la defunción de mi abuelo?

-¡Santo cielo!

-Falleció hace dos meses- asintió- Enviamos una carta a su dirección, pero por su reacción, doy fe de que nuestro mensajero es tan rebelde como nuestras barrenderas.

-Tardó como es, mi amigo Torrence, quiero hacerle saber cuánto lamento su pérdida.

En realidad, tal carta nunca llegó porque con Charlotte cambiamos de vivienda alrededor de quince veces al mes, dieciséis en años bisiestos.

Nuestro guía se volvió a inclinar, prolijo.

-Como el tronco de la familia, era un hombre duro y recto- afirmó- Ahora sólo Kirie y yo quedamos para perpetuar su herencia, ¡y qué difícil tarea es! Pasen, por favor. En realidad, tenemos algo que pedirles.

Con un movimiento teatral cedió el picaporte de la última puerta, y al abrirla un estremecimiento me recorrió desde los tobillos hasta la coronilla, por el calor que emanaba desde la pequeña chimenea que dominaba la habitación. ¿Qué querría de mi Torrence? Acaso, si no me confundo, planea que me quede unos días en la mansión, para ayudarlos con sus tareas. La idea no me desagradaba del todo: era sabido que los Gretchen poseían una cuantiosa fortuna en rubíes e importantes acciones en el prestigioso mercado vinícola, de las cuales con seguridad podría obtener agarre. En verdad, consideré mientras cruzaba una mirada satisfecha con Charlotte, venir aquí había sido la decisión correcta.

Pero luego mi sensación triunfal quedó librada, como el mismo frío que se extinguía, a la ignominia que le representaba compararse con un sentimiento nuevo, más puro y bello, un sentimiento que jamás había tenido antes. Tal emoción, cuya descripción sería imposible y que se asemejaba a mil palomas despegando vuelo sobre el horizonte fue la que cayó en mí en cuanto mis ojos se posaron en la joven dama que aguardaba sentada en el sillón rojo, con ropas del mismo color y el cabello rubio pajizo, enmarcando un rostro perfecto y de ojos intensos, verdes como el musgo. ¡Qué locura! ¡Qué locura pensar que, en este helado mundo, pudiera existir una belleza así! No necesité pedirle indicaciones a Torrence, ni cuestionarme duda alguna, aquella, en lo hondo de mis convicciones, no podía ser más que la famosa Kirie Gretchen, el encantador misterio que después de tantos años se me venía a develar. Sin palabras, poseído por una congoja impropia de un caballero respetable me senté frente a ella, en el diván, nuestros ojos pegados uno al otro.

-Señorita...

-Kirie- se inclinó Torrence, en su papel de mayordomo- El caballero es Edmund Berenice.

-Ah, Torrence, ¿crees que no lo conozco?- habló. Su voz tenía un tono campal, que me sabía a barro y a aventura, a romance infantil y fortaleza de espíritu- Nos hemos visto antes.

Charlotte ocupó su lugar a mi lado, plegando la falda de su vestido y contemplando también sonrosada la magnificencia de aquella joven.

-¿Acaso me confunde?- propuse- Tengo, por mi oficio, una buena memoria para los rostros...

Esto se debía a que mi oficio era estafar y huir de quienes había estafado.

-¡...y nunca olvidaría uno tan encantador como el suyo!- completé- Dígame que mi memoria me ha traicionado, y ahora mismo iré a arrancarme los ojos.

-Su memoria lo traiciona, pero sería ingrato que sus ojos pagaran un error tan vano- dijo ella- Porque usted me ha visto distinta; embarrada, con el cabello corto y una chaqueta de varón: así, pues, me presentaba el abuelo ante los chicos de mi edad cuando era una muchachita, y por eso mismo tal vez debamos excusar a su memoria por ignorar las similitudes.

-¡No puede ser!

La respuesta vino a mí con el sonido de cien cerraduras dando chasquidos al abrirse.

-¡Kay!

-¡Así me llamaban!- asiente ella contenta- Pero de momento, ya he tenido mucho de intentar ser un niño. Usted puede llamarme Kirie, señor Berenice, y olvidar mi conducta traviesa en aquellos años.

-Y usted, Kirie, puede llamarme Edmund, como recuerdo lo hacía en aquel entonces- dije, dando felizmente por concluida la cuestión- Kirie, le presento a mi esposa y amiga, Charlotte Depeaux. Charlotte, Kirie, quien, descubro ahora, también fue en su momento una amiga de mi infancia.

-Encantada, señorita Gretchen.

-¡El gusto es todo mío! Una amiga en este lugar tan vasto, ahora que la servidumbre nos ha dejado, es un tesoro inigualable.

Torrence Gretchen se aproximó con una bandeja de plata, que sostiene en perfecta postura, sobre la cual descansan cuatro copas de un líquido burbujeante, probablemente la sidra hecha con las muchas manzanas que rodean a la propiedad. Mientras las distribuye entre nosotros yo me dedico a observar, embelesado por una embriaguez previa a cualquier bebida, al rostro perfecto de nuestra anfitriona, la nariz diminuta, de muñeca, el arco sensual de sus cejas y el cuello terso, que sin ser pálido tiene un color perfecto, sombreado por su larga melena de oro. Al tomar la copa que me tienden hago un pequeño guiño a Charlotte, que significa muchas cosas; pero tal es la situación, y tal es la belleza de Kirie, que mi amiga no tiene dificultad alguna en comprenderlo. Puedo asegurar que ella se encuentra igual de fascinada con la amabilidad prolija de Torrence.

El mayordomo se sienta, y alza su copa.

-Antes del Silencio, propongo que realicemos un brindis. Por estar aquí reunidos.

-Por la infancia- lo imita Kirie.

-Por lo radiante del sol- sigo yo.

-¡Y por el alcohol!- completa Charlotte riendo. El tintineo de los cristales precede al buen trago que todos echamos, una pausa de silencio entre el crepitar del fuego que acaricia los ladrillos quemados de la chimenea.- ¡Vaya! Realmente es exquisito.

-Las buenas manzanas y las buenas botellas son de las pocas cosas que nos han quedado- le afirmó el mayordomo- Y ahora, habiendo hecho este brindis, mucho me temo que es hora de comenzar a dar noticias menos agradables. Señor Berenice... Tanto Kirie como yo, desde luego, le hemos invitado porque le tenemos en gran estima, a usted y a sus capacidades. Es libre, como seguro sabe, de cenar con nosotros y beber con nosotros, y tal predicamento se extiende sin excepciones para con su esposa por cuanto dure su estadía en esta mansión. Sin embargo... Hay un motivo ulterior que nos forzó a llamarlo.

-Oh- asiento, interesado. Mis ojos no se despegan de mi anfitriona, que permanece muda ante la explicación de su primo.- En cuanto estoy aquí, y en cuanto a que les debo refugio y una probada de este delicioso sidra, estoy dispuesto a cualquier cosa para cumplir sus pedidos. Dime, Torrence, qué necesitan entonces.

-Señor Edmund- me encaró él, como con gran dolor- El abuelo solía decir que en sus estudios había sido de los primeros graduados de la clase, y que su inteligencia desbordaba a la de sus pares. No es penoso afirmar tales cosas; como usted sabe, Franz Tommeau le tenía a usted y a su padre en gran estima, y como nosotros sabemos, consideró un honor imperioso el pagar sus estudios de Ley y avalar su ascenso en el

mundo. En estos días, con poco que hacer, Kirie y yo le hemos recordado y hemos revisado una tras otra la correspondencia que mantenían. Cada palabra, Edmund, teñía ante nosotros la imagen del hombre ambicioso y capaz que siempre usted fue.

-Me halagan de sobremanera.

¿Tengo que aclarar que tales misivas estaban repletas de mentira, y que nunca utilicé el dinero de Franz Tommeau de Gretchen para llevar a cabo mis estudios? Ciertos asuntos de polleras, habitualmente, captaban mucho más mi desvariado interés.

-Encontramos que usted podía tratarse de la persona que necesitábamos- continuó Kirie, bendiciéndome con el melodioso sonido de su voz- Queremos, no... Quiero...

Y entonces dudó, tal si no se atreviera a expresar su deseo. Yo contemplaba su cuello. ¡Ese maldito cuello! Benditas fueran las manos que pudieran sujetárselo.

-Kirie precisa que usted halle algo por nosotros.

La idea me desconcertó.

-¿Algo? Si bien estoy encantado de asistirles en cualquier empresa me propongan, no puedo evitar sentir que se han equivocado. La escuela de derecho no cruza calles con la escuela de investigadores; tal escuela, probablemente, es más cercana a la de los escritores y los artistas, y no al brazo frío y petulante de la Ley.

-Necesitamos que halle algo que está perdido en esta mansión- dijo Torrence sin escucharme.

El rostro de Kirie parecía sumido en vanas sombras. Charlotte se aferró de mi brazo, consternada.

-¡Que tarea más curiosa! ¿No te parece divertido, cariño?

-Mentiría si dijera que no.- vi a Torrence, y capté la sombría tristeza en su mirada- Anda, amigo, que conductas como esa arruinarán la velada antes de que lo haga el Silencio. ¿Qué es entonces, lo que debemos buscar dentro de esta grandiosa mansión? Debo admitir que la duda me consume.

-Es, señor Berenice, ni más ni menos que un bebé.

-¿Un bebé?- estallé, incrédulo.- ¿Y de quién es este bebé?

-El bebé de Kirie- dijo él, y mis ojos volvieron, como capturados por un hechizo, a quedar atrapados en la figura de rubí de su prima, en el cabello como el fuego, en el dolor que se veía en aquella carita cincelada- Le daré los datos enseguida; pero aún así, descubrirá que no se trata de una labor sencilla. Pero hállelo, Edmund, libere a Kirie de este pesar, y no habrá palabra en el mundo que encomiase nuestro agradecimiento para con usted.

II

“*¡Un bebé!*” pensaba yo, maravillado con la idea “*¡Kirie tiene un bebé!*”. Parecía francamente imposible. Las mujeres que tienen hijos se arruinan; el parir, en ellas, les quita parte de su fuerza vital y las echa abajo, pero Kirie era pura fuerza vital, era puro fuego y luz y recuerdos. No podía imaginármela en la sala de parto, ni con un niño en sus brazos, ¡ni de broma! Me olí, sin ton ni son, que algo me estaba siendo ocultado.

La natural cuestión, que cualquiera se preguntaría, acudió a mi boca de inmediato.

-¿Puedo conocer quién es el padre?- inquirí con amabilidad.

Pero mi musa no me veía, y en cambio Torrence respondió por ella.

-Me temo que no.

-¿Puedo conocer cómo se ve?

-Me temo que no.

-¿Cuántos meses o años tiene, este bebé?

-A decir verdad, no estamos muy seguros.

-¿Y tienen la seguridad de que se halla en la mansión?

-Eso sí que sí- afirmó él- De lo contrario, Kirie lo hubiera notado.

Apuré un sorbo de mi sidra, considerándolo.

-Es de lo más extraño- asentí- Nada como yo lo esperaba. ¡Un infante! ¿Es un niño, o una niña?

-Me temo que no.

¡Que respuesta más ingrata y sin sentido! Era preciso al menos obtener unas líneas de información antes de proseguir, pero parecían muy reticentes a dárme las.

-¿Puedo saber, al menos, en qué condiciones se les ha perdido tal cosa?

Torrence retrocedió, con su gesto dándome a entender que aquella sí era una pregunta afortunada.

-El bebé se nos perdió hace algo más de un mes.- explicó- Aunque el asunto no está muy claro, ni para nosotros. Sabe usted, Señor Berenice, que los recodos de esta mansión son muy grandes. Hay habitaciones y salas en los cuales nadie se ha adentrado, pasajes secretos como aquellos en los que tengo constancia usted jugaba de pequeño, y cuartos que podrían albergar a miles de invitados si el destino se lo propusiera.

>>Usualmente, dejábamos el cuidado del bebé en manos de la servidumbre. Las mucamas se intercambiaban para cargarlo en sus brazos y darle la atención que merecía, y me reportaban a mí sobre su estado. Era una tarea desafortunada, de eso no tengo

dudas, pero la paga que les dábamos era buena y no manifestaban grandes quejas. Lamentablemente, desde luego ocurrió un accidente.

-¿Un accidente?- inquirió Charlotte, muy interesada.

-Fue cuando la servidumbre eligió retirarse. En principio, el asunto se llevó de manera ordenada: los chambelanes fueron quienes organizaron a los empleados, quienes juntaron sus cosas de inmediato y se agruparon para irse. En vano intenté convencerlos para que se quedaran.

-¿Cuál fue la excusa utilizada?

-Sostenían que el Silencio podía meterse dentro, que la Mansión no estaba lo suficientemente preparada.

-¡Patrañas!- solté- Franz Tommeau nunca hubiera descuidado un detalle como ese.

-Eso mismo les dije, pero se negaron a creerme. Incluso los mayordomos más viejos, quienes me habían cuidado de pequeño y habían servido al dueño durante años no consideraron que Kirie y yo hubiéramos hecho los preparativos suficientes para resguardarnos. Fue inútil todo diálogo.

-¿Y qué ocurrió entonces con el bebé?

-El bebé se nos perdió el mismo día que todos marcharon- afirmó él- Esa tarde, quien debía cuidarlo era una de nuestras barrenderas, la más joven de ellas.

-¡Santo cielo!- se tapó la boca Charlotte- ¿Creen que se lo pueda haber llevado?

Torrence negó rotundamente.

-Imposible.

-¿Cómo lo saben?

-Dos simples hechos. El primero, como mencioné, es que Kirie lo hubiese notado. Y el segundo, más simple pero más contundente, es que a la doncella le daba asco e impresión el sostenerlo. Se comentaba mucho esto en las habitaciones de empleados. Estoy dispuesto a afirmar que mucho de su huida tuvo que ver con el pesar que le provocaba el tener que hacerse cargo del infante.

Debo aclarar, al lector, en este momento algo. Desde luego, siendo que me hallaba allí y que había accedido a ayudar, yo escuchaba las explicaciones y el relato de Torrence y aparentaba cierta atención afectada, un gesto ensayado que ya me era natural y que me había sido indispensable en mi juventud para superar las infatigables pruebas de la vida. ¡Pero poco podía hacer para oírlo! Sus palabras, y el misterio cada vez más inhóspito que representaba ese niño perdido de tal manera resbalaban en mí, en mi mente que como una flecha sólo volvía a clavarse en la triste figura de atrás, en la exquisita Kirie. ¡Ah, pero llamarla triste era un pecado sin cura! No había nada de triste en tal belleza, pues la emoción que se filtra a través de lo bello es, no bien considerada mala en una viuda o un criminal, una plegaria a los santos para los ojos que saben apreciarla; y el dolor que Kirie aparentaba, bajando sus párpados y aferrando el pañuelo por sobre su regazo se me asemejaba más a una actuación que intentaba contener más energía, más sol, más esplendor, y de paso me permitía con poco disimulo observar la suave curvatura de su cuello, imaginar el blando movimiento de su piel al ser perforada. Una excitación animal me dominaba, y las palabras de Torrence me resultaban más bien poco. ¡Un bebé! La sorpresa inicial, al cabo de un segundo se diluía. Preferí dar por terminado el asunto con una palmada.

-El bebé, pues, está entonces en la mansión.

El mayordomo, al que yo había descortésmente interrumpido, me contempló y dio un silencioso asentimiento.

-Entonces, mi amigo, que no se hable más- concluí, levantándome- Le traeré a ese bebé en un parpadeo.

Y extendiendo la mano hacia Charlotte, la invité a que me acompañara.

-Le estamos caramente agradecidos, Señor Berenice. La cena se servirá en una hora. Las plantas superiores, inferiores, el sótano y las alcobas están abiertas para que usted las visite sin reparos, así que siéntase libre de hacerlo. El cuarto del abuelo sin embargo se halla cerrado con llave; no se preocupe, pues no se ha abierto desde su muerte y es imposible que el bebé haya encontrado un modo de meterse allí. En cuanto a los patios, tenemos la seguridad de que están libres de duda. Por otro lado, sabe usted y su dama que no es conveniente salir.

-Buenas precauciones- asentí yo, a punto de marcharme por la puerta junto a mi amiga- Cuando viene el Silencio, es mejor estar entre cuatro paredes.

Torrence hizo una mueca.

-Cuando viene el Silencio, es mejor esperarlo de antemano.

III

Fue en la privacidad del pasillo que con Charlotte pudimos dar rienda suelta a nuestras opiniones.

-¡Dios mío!- se abanicó ella, tal si acabara de subir cien peldaños- ¡Oh, Edmund!
¿Lo has visto?

-¡Desde luego!- la acerqué hacia mí yo- ¡Kirie!

-¡Y Torrence!

-¡Es hermosa!

-¡Un caballero de marfil!

-Su cabello, como el sol...

-Esos ojos, esos ojos refulgentes, y su boca serena.

-¡Quisiera arruinarla por completo!

-¡Tan recto y duro! Controla todos sus movimientos. Estoy segura de que si lograra soltarlo...

-¡Ver su cara roja, sus ojos perdidos, su frente perlada por el sudor!

-¡Oírlo gemir como a un niño!

La tomé de la cintura, y avanzando por los lujos abandonados le hice dar una vuelta.

-¡Ah, mi compañera!

-Edmund, oh, Edmund- rió ella- ¿Crees que la señorita Kirie y Torrence...?

-No querida, ya los has visto. Son primos.

-¡Mayor motivo aún! En mi familia éramos todos cercanos.

-Te diré algo- le dije, acercando su rostro al mío- No sé que son todas esas patrañas del bebé. Desde luego, te imaginas que no me interesa un ápice. Pero te aseguro que Kirie Gretchen es virgen. ¡Virgen y pura! ¡Y pensar que la tuve todo el tiempo bajo mis narices, y palmeaba su espalda y le llamaba como a un muchacho! Tiemblo de solo recordarlo.

-Edmund, debemos conquistarlos.

-Jamás podría pensar tan similar a ti. Tú quieres a Torrence, y yo quiero a Kirie. Quiero ver reposar su cabeza sobre mi regazo.

-¡Quiero verlo quebrarse!

-¿No es maravilloso el amor?- la abracé, y ella echó su cabeza contra mi pecho- ¿No es una joya en el medio de la tormenta? Charlotte, después de todos estos años, puedo admitir que nunca hubiera podido hacer tanto sin ti. No recuerdo cuál fue la última mujer a la que amé. ¿Se llamaba acaso Larissa?

-Creo que era Antonieta.

-¡Oh claro, Antoniette!- reí- Te portaste muy bien con ella. ¿Crees que podrías portarte bien con Kirie?

-¿Bromeas, Edmund? Kirie es más radiante que cualquiera de las otras. ¡Y quiere que sea su amiga! Me considero apta para la tarea.

-Entonces, que no se hable más. Los haremos nuestros.

-¿Y si les dijésemos directamente...?

-No, no, querida, no. Las aproximaciones directas solo funcionan con los espíritus libres o los sanos, no con el producto de estas eras anticuadas. Menciona el sexo, y les verás recatarse, perturbados. Es un tabú, querida mía. Menciona un poco de sangre, menciona una niña, a otro hombre, menciona el gusto del cabello y van a perder la cabeza. ¿Pero no es todo lo que enlisto lo bello? No hay sentido en vivir si las cosas no son hermosas. Lo bello es el fundamento de toda actitud, así deberían saberlo. ¡Y qué es bello, más que celebrar! ¡Celebremos que en el mundo se celebra la belleza! Vivir es un eterno regocijo.

-Incluso en el silencio...- otra vez giramos, en un vals acompasado, y Charlotte rió.

-...se puede reír- completé yo la oración, y rebusqué entre los pliegues de su vestido. Tomé de allí el hilo, la aguja que destellaba, plateada y pura, y lo guardé en el bolsillo de mi chaqueta- Veo que lo has traído todo. ¡Nunca te olvidas de nada!

-Jamás- excitada, ella se pasó la mano lascivamente por la pechera de sus ropas, donde los encajes se amontonaban- Edmund, Edmund, no esperemos más. Debemos convencerlos. ¿Crees que Torrence también sea virgen? ¿Qué nunca haya probado el toque de una mujer?

La idea me resultó interesante.

-No lo sé. Es probable.

-¡Que ardor!- Charlotte me besó en la mejilla- Entonces, no lo pensemos tanto. Es mejor que los eventos se vayan desarrollando por su cuenta. Mientras tanto, volvamos a la sala. Aquí hace frío, Edmund, un frío de temer. Una pensaría que el Silencio ya está entrando. ¡Y qué manera de rugir que tiene el viento! Despierta ecos que parecen del más allá.

-Antes quiero mostrarte algo- le dije.

La tomé de la mano, y ambos dejamos ese corredor para adentrarnos en una alcoba. Ya conocía yo muchas de las direcciones de este extenso sitio, tal como lo dijese nuestro anfitrión, aquí me había criado de pequeño, y aquí había jugado, con Kay y los otros niños, bajo la severa mirada del abuelo Franz Tommeau. Incluso de refilón, mientras impulsaba el suave peso de Charlotte a perseguirme en dirección a los aposentos superiores creía captar recuerdos: los pequeños, empapados de barro de pies a cabeza, patean una pelota de trapo mientras que mi padre barría las hojas secas del otoño y las amontonaba en grandes pilas, pilas que nosotros, desconsiderados para con su esfuerzo, gustábamos en hacer estallar a fuerza de pelotazos, lo que provocaba que Franz Tommeau nos reprendiera a los gritos y que mi pobre progenitor, esclavo de su humildad, respingara y volviera a juntarlas con la cabeza gacha, valiéndose del rastrillo y de su maña para recuperar el tiempo perdido.

Había más, desde luego, pues eran años lo que yo había vivido en este territorio. Meriendas compartidas, montar a caballo, el pequeño rottweiler que alguna vez yo hubiera alimentado con mejunjes de pan a escondidas, por debajo de la gran mesa donde todos solíamos comer la merienda, a la luz del sol y bajo los altos pinos. ¡Y que distinto que lo notaba todo! Como si Kirie, que había dejado de ocultar sus dotes femeninas, hubiera absorbido en sí misma todo el fulgor que hacía a esa añoranza velada que yo tenía al subir peldaños, como si el cuerpo de Kirie se hubiera comido entero a ese

pasado, dejando a miles de sombras adentrarse como escurridizos insectos a lo que había sido nuestro hogar; sombras en formas de liendres, de piojos, de punzantes escolopendras que henchían de veneno para ser derramado y corroían el caro empapelado, echaban al suelo las arañas que destellaban con el peso de pequeños diamantes, partían el viejo piano donde el padre de Torrence tocaba sus piezas y con ello todo lo que hacía al encanto que alguna vez había tenido esta morada. Esto había quedado: la ruina. Me arrepentí un poco, aunque Charlotte seguía fascinada cada uno de mis pasos, de no poder mostrarle a mi compañera lo esplendorosa que había sido alguna vez la propiedad de los Gretchen. ¡Ni la servidumbre había quedado! ¿Era eso acaso creíble? ¿Se podía acaso considerar la existencia de un bebé, silencioso entre todas estas laberínticas paredes? ¿Había dado a luz Kirie? Esas preguntas me desbordaban, y prefería no dedicarles mucho tiempo.

-Mira, tesoro- frené a Charlotte con dulzura, y ambos contemplamos la entrada a la habitación de Franz Tommeau De Gretchen, la única puerta para mí cerrada en toda la mansión- Allí adentro dormía todas las noches un viejo cascarrabias y generoso. Si mal no recuerdo, odiaba a los bebés. ¡Creo que odiaba casi todo!

Ella pasó su mano por los bordes de hierro, los adornos dorados y las espinas que protuberaban. La puerta pareció dar un sensible latido ante la caricia.

-¡Que buen gusto!- lo admiró ella- Y sobre tu anciano, mi Edmund, que buen gusto también. Nada es más sano en esta vida que odiar a un bebé.

-Tú lo has dicho. Los niños son una ruina.

-¿Quién querría andar cambiando pañales, cuando se puede ser joven y bella?- asintió ella- Las cosas tienen un orden natural. ¡Pero libres somos para burlarnos de todo orden! Cariño, cariño, mientras más lo pienso, más venero a aquel vejstorio.

-Creo, querida, que ustedes se hubieran llevado muy bien.

-¡Eso dices!- rió ella- Pero Edmund, oh, Edmund, veo un brillo febril en tus ojos. ¿Fantaseas con Kirie, todavía? Me figuro que algo más ocupa tu mente en este instante que las amistades que nunca he tenido.

Y era cierto. El ver la imponente puerta de su alcoba, después de tantos años, había despertado en mi un recuerdo que mi cerebro había guardado prolijamente entre muchos pliegues de memorias vanas, como si se tratara de algo que no fuese necesario revistar, una prenda sucia a la que uno no planea darle más uso que el que se le da a un viejo trapo. Esta memoria acontecía en mis primeros años viviendo como un protegido de la familia Gretchen, en mis tiempos de mozalbete engreído e inquieto, cuando las verdades de la vida aún no me habían sido reveladas y yo simplemente transitaba de risotada a risotada, de broma en broma, salto en salto por la infantil búsqueda de regocijo, sin detenerme, sin frenarme, exactamente como lo hago ahora pero con tanta menos inteligencia.

Yo paseaba, con Kay, por ese mismo pasillo, por el mismo corredor que diera al cuarto del amo de la mansión: paseaba tirándolo del brazo, insistente, pues quería llegar a lo más alto de la construcción, a la fastuosa terraza en donde la actual señora de Franz Tommeau se esmeraba en cuidar los cántaros poblados de magnolias, desde la que se podía observar toda la propiedad con una mirada acaparadora, de halcón. Era posible, puedo presumir, que hubiera tenido en aquel entonces la intención de hallar a la misteriosa Kirie en tal sitio. ¡Pobre iluso! Pensándolo ahora, estrujándome los sesos para rememorar el tacto de la piel de quien en mi inocencia yo creía era un muchachito, me arremete una sensación de vértigo desbordante, que me supera, en la que me pierdo; ¡crear, siquiera confiar, en que nuestra musa misteriosa fuera realmente un fantasma, y por eso mismo no verla a mi lado! En estos segundos, aquí en esta soledad junto a Charlotte, intento reconsiderar ese pasado, creer que yo veía algo en Kay, que algo en

Kay me atraía, en la inconsciencia de mi juventud, pero lo es cierto es que yo estaba ciego, ciego a los encantos femeninos que en ella disimulaban tan bien la chaqueta y los pantalones de varón, y por eso no podía perderme en la curva de su sonrisa, en el aroma de su cabello dorado, y por eso seguía tirando como un imbécil para que me acompañara, que sirviera de cura en el caso de que mi padre o alguno de los adultos de la mansión nos atraparan husmeando en un sitio tan delicado.

Pero de todos los adultos, esa tarde que recién ahora se filtra por entre los velos de mi consciencia, fue ni más ni menos que el mismísimo Franz Tommeau quien nos halló. Los pisos superiores estaban prohibidos para nosotros, que en teoría éramos lo menor de lo menor, hijos de servidores, y no había encanto ni palabra bien formulada con la que yo pudiera persuadir a aquel hombre de que nos perdonara, de que no volveríamos a hacerlo.

Al menos eso creí, pero las verdades suelen ser inconsistentes a las expectativas de los niños. Porque Franz Tommeau de Gretchen, tan erguido y tan recto en ese entonces, apenas me dirigió una mirada: en cambio sus ojos pasaron de mí por completo, como si yo fuera de aire, como si yo fuera nada, y fueron al niño que yo arrastraba a mi espalda, a Kay, arremetiéndolo con tal intensidad que recuerdo haber imaginado que lo estamparía contra la pared, que aquella sería la última vez que yo y los demás niños veríamos a nuestro tan frágil amigo pasarse entre nosotros. Franz Tommeau de Gretchen puso sus manos, manos que ya tenían marcas de sangre coagulada entre las gruesas venas que le atravesaban la pálida piel, puso sus manos en los hombros de Kay, de Kirie, y no dijo una sola palabra. Ese fue el punto exacto, en el que algo en mí trazó un símbolo, a ese instante de mi destino, a ese justo momento de mi pasado. Fue el hecho de que no dijera nada: incluso para mí, un muchachito en ese entonces, el silencio de Franz Tommeau me resultó algo absurdo, incomparable, desbordante, me pareció más pesado que cualquier grito y advertencia, me hizo escabullirme a los tropezones, invisible como lo era, un fantasma ahuyentado con la cola entre las patas por algo mucho más terrible que si mismo. Hoy en día, no temería a ese vejstorio, pero en aquel entonces las cosas eran distintas. Todavía puedo visualizar, casi a la perfección, los ojos bien abiertos de Kay, la palidez de su tez, ese terror con el que no podía pedirme ayuda, porque él también me había olvidado, porque para el yo también era invisible, e incluso para mi mismo yo no era nada, sobraba, era una pieza desencajada en un rompecabezas que carente de todo sonido era por eso completo, me hacía rozar la locura.

Y luego...

Mientras Charlotte y yo nos movemos regresando a la mesa, nuestros estómagos ya vacíos por el paseo, no dejo de considerar ese momento, y lo que pasó después. No reconozco a la belleza de Kirie, en la expresión aterrorizada, congelada de Kay. Ni en este instante, sabiendo que son la misma persona, puedo unir ambas caras, ni siquiera con toda la habilidad que los años de mi oficio me ha dado. Y durante aquel entonces, creo que decidí callar. Callé porque entendía que no entendía, comprendía mi propia falta de comprensión, y podía ver claramente que, entre los constantes elogios que Franz Tommeau y su esposa hacían de mi frente a mi agradecido padre, entre las ayudas económicas que le prestaban a él y, por extensión, a mi fallida carrera universitaria, estaba ese algo más, ese instante, ese volumen sordo del que ninguno podía desprenderse.

Y eso era...

-¿Cariño? ¿Edmund?

Fue entonces cuando la voz de mi compañera me sacó de mi concentración, del penoso retrato que debía dar mi rostro tenso, un labio sobre el otro, mis cejas

aproximadas por el esfuerzo. Me volví a Charlotte, calmándome a mí mismo, y ella me tendió su mano enguantada. Aún continuábamos arriba.

-¿No te parece algo curioso, Edmund?- me señaló, con la otra mano, uno de los umbrales abiertos a nuestra derecha.

Tras el marco desocupado adiviné una sala de juegos, en la que varias monerías se hallaban esparcidas en el suelo, sin razón de ser: caballos de cuerda, pequeños vestidos tejidos con esmero, ruedas de piedra y un sonajero, una réplica de algún ejercito ya olvidado, hecha en madera, desordenada su formación por sobre las delicadas baldosas que acomodaban el cuarto.

Tendida entre todo aquello, sacándole varias cabezas, mis ojos se toparon con una niña. Una niña vestida con elegante sencillez, una falda carmesí y volados en hombros y en los pliegues del antebrazo, una niña cabizbaja, inmóvil, perfectamente inmóvil entre toda esa mezcolanza. Con mi amada de la mano, irrumpimos en tal espacio temiendo habernos encontrado con la respuesta.

Charlotte pasó, de puntillas, toda la sucesión de objetos arrojados, hasta llegar a la niña. Pero a unos pasos se detuvo, soltando la tela de su vestido, y me hizo una seña para que me aproximara.

-Tan solo es una muñeca.

No supe por qué, pero no quise acercarme a donde ella me esperaba.

-Es preciosa, ciertamente- comentó Charlotte, algo desanimada- Casi demasiado preciosa, ¿no lo crees, Edmund?

Nos miramos. Era extraño, tanto para mí como para ella, que Charlotte pronunciara esas palabras. Luego me imaginé que no lo había hecho, que mi mente me había jugado una mala pasada, que era yo quien le había atribuido tal impensable oración. Estiré mi propia mano hacia Charlotte, llamándola, y con cierta docilidad ella regresó hacia mí, no sin antes dar un último vistazo a la muñeca. La noté distinta, o quizás yo me sentía distinto. Pero mientras más nos alejamos de esa habitación infantil, en dirección a calmar el vacío en nuestros estómagos con la promesa de una exquisita velada, tal ilusión se fue difuminando, y volvimos a ser quienes éramos, libres de toda aprehensión y consideraciones.

IV

Regresamos al comedor y hallamos que la mesa ya se hallaba servida: dispuestos sobre un impecable mantel blanco, se acumulaban los platos de cara porcelana y los cubiertos de plata, marcos llenos de grabado, ilustres recordatorios de toda la suntuosa elegancia que dominó durante años las tradiciones de la familia Gretchen y que ahora resultaron, tanto para mi querida Charlotte como para mí, tal vez un tanto demasiado si nos deteníamos a analizar la pobreza de los comensales que compartirían esa mesa. Pero nuestros labios no emitieron palabra alguna al sentarnos, sonrisas prestas en nuestros gestos, frente a donde la hermosa Kirie Gretchen esperaba con sumisa impaciencia, sin despegar el fulgor de sus ojos de nosotros.

-¿Han hallado algo relevante?

-Querida Kirie, *relevante*, siempre, es un término bastante contradictorio- me permití decir- Cuanto menos, sin duda he hallado por mi parte una serie de recuerdos que me deleitaron, de mi juventud dentro de esta mansión.

-Me agrada oírlo decir eso, señor Berenice.

-Por favor, llámeme Edmund, como antes.

-En lo que a mí respecta, me he encontrado con la hermosa arquitectura de su hogar- dijo a mi lado Charlotte- ¡Haber creído, que pudiera existir algo tan majestuoso, tan bien diseñado como las paredes de este sitio! He notado los cuadros, el grosor de los muros, las precauciones realizadas para que el Silencio no se filtre, y quiero decirle, Kirie, mi nueva y tan agradable amiga, que entiendo ahora porque las multitudes marchaban allí afuera, que clase de envidias puede despertar toda esa belleza al alma retorcida y mediocre de los pobres. Este sitio es magnífico, verdaderamente magnífico.

-Oh, nos honra. Sin embargo, Charlotte, lo cierto es que me agradaría poder dar asilo a todas esas multitudes de las que usted habla.

-¡Impensable!- rió mi amada- ¿Qué concepto es ese?

-Es mi opinión, juzgada sórdida por mi querido primo, que el Silencio es un problema que nos atañe a todos por igual. Años antes, mi abuelo se encargaba de usar estas gruesas paredes para proteger también a la servidumbre, por lo que recientemente no he cesado de preguntarme si no sería acertado hacer lo mismo con quienes no tienen respuesta a los peligros que representa, aquellos carenciados, los que viven en viviendas de madera y chapa que apenas desvían las heladas gotas de la lluvia.

-¿Presencio, tal vez, que mi querido Kay es un filántropo?

El perfil de Kirie Gretchen apenas se volvió hacia mí.

-Quiero pensar que hay algo que pueda devolver en esta vida, Edmund.

Mis ojos se encontraron con los de Charlotte, encantados. ¡Devolver! No había mucho más que decir. Kirie, mi querida Kirie, la mujer que ahora despertaba todas mis

pasiones, la que atrapaba mi mirada en cada instante, se había vuelto blanda, tan blanda como su abuelo nunca lo había sido. Eso quería pensar, sí, pero algo en el fondo de mi integridad como hombre me gritaba que era lo opuesto, que Kirie era el sol, que seguía siendo el sol que había iluminado esta casa durante años.

En cuanto intenté procurarme más información, de la cocina se acercó Torrence llevando una gran bandeja de plata, tan recto y tan prolijo como siempre.

-Entonces, ¿han hallado satisfactorios nuestros corredores?

-Sin duda sí- contestó Charlotte, y los cuatro aspiramos el delicioso aroma de la cena que él destapaba frente a todos, con parsimonia- Hay mucho que quisiera ver en esos pasillos desnudos.

-No quiero mentirles- dijo Torrence sirviendo- Confieso que me avergüenza que presencien el ruinoso estado de nuestra propiedad. En especial usted, señor Berenice. Usted sabe, yo entiendo, lo brillante que solía ser esto.

-Pierda cuidado, mi amigo. Nada aquí me ha disgustado.

-Más aún- dijo mi compañera- Hay muchas cosas que me gustaría degustar.

-¿La señorita no considera que los pisos superiores requieran más atención?

-¡Oh! Lo que son los pisos superiores, su atención sería más que agradecida, pero en lo que a mí respecta, los pisos inferiores son los que juntan más... humedad. Allí uno debe poner especial empeño, para satisfacer mis requerimientos.

-Mucho me temo que, con nuestra servidumbre desaparecida, esa tarea se vuelve un imposible.

-Yo creo que se equivoca- prosiguió Charlotte, estirando los contornos de su falda un poco más hacia él- Si me permite el atrevimiento, señor Torrence, ya que un caballero puede hacer para mí y siempre hizo el trabajo de sobra, en cuanto a que dos suelen ser un estorbo, y demasiadas tareas dificultan la perfección de la obra. Por supuesto, claro, si usted prefiriera tener a otro caballero durante la proeza, no me negaría en lo absoluto.

-Creo que entiendo lo que Charlotte quiere decirnos, querido primo- intervino Kirie- Se necesita alguien experto para cuidar las superficies delicadas de esta mansión, para preservar su pureza. ¿Es eso, o acaso en mi atrevimiento la he malinterpretado?

-¡Nada más acertado!- rió mi compañera- No sé si experto, pero alguien tan puro como esas delicadas superficies, con un tacto inocente que las haga brillar. Ese es el tipo de cosas que para mí son bellas, que encienden... que despiertan en mí la apreciación por lo que es bueno. Edmund, ¿no crees lo mismo acaso?

-Creo, como siempre, que te ganan las pasiones más elementales, mi amada Charlotte- reí por mi cuenta, haciéndole una seña. Era una seña que ambos conocíamos muy bien, que nos había servido incontables veces: un movimiento prácticamente imposible, realizado con el rabillo del ojo, que quería indicar una separación, una tarea de distracción, esta vez mutua, a realizar para con nuestros interlocutores.- Veamos, veamos, no dejen que las fantasías de mi querida Charlotte limiten su orgullo, querida Kirie, mi apreciado Torrence. Este filete se ve exquisito.

-Ha sido una tarea peculiar, como ve, me he visto obligado a aprender cómo hacer uso de la cocina.

-Querido primo, no sé qué haría sin ti aquí en esta casa.

-Si un paladar como el de Kirie encuentra amenos sus platos, Torrence, entonces estoy seguro de que tanto el de Charlotte como el mío se deleitarán con la ternura de esta carne.

-¡De eso mismo hablaba yo!

-Sus cumplidos me halagan de sobremanera. Ya lo ven, señor Berenice, señorita Depeaux, nuestra familia y nuestro linaje se hallan en una situación ruinoso, al menos

durante el tiempo que este Silencio perdure, y por eso debo hacer de anfitrión, de mozo, de familiar, chambelán y mayordomo, todo al mismo tiempo. Por suerte, estimo que mi padre preparó, si no mi cuerpo, mi personalidad para la tarea con cierta antelación. Era un hombre precavido, que quizás hubo previsto las responsabilidades que caerían en nosotros por el transcurso de estos años.

-Pero una vez acabe el Silencio- levanté mi copa, la copa que él había llenado, y Charlotte y Kirie me miraron de cada lado del cristal, tan distintas entre ellas, tan diferente la belleza cáustica, de infancia de la segunda a la sensualidad infantil y causada de la primera- Quiero suponer que las actividades de la mansión retomarán su ritmo habitual.

-Oh, en efecto esperamos eso- asintió Kirie Gretchen- Una vez el Silencio haya pasado, dejando las marcas de sus heridas en nuestra tierra, el negocio de las plantaciones progresará, llegará el dinero de los tratos que mi querido abuelo sostenía con los capitales del este, se abrirán las puertas de la mansión para la servidumbre y para quien desee ponerse bajo nuestro servicio y cuidado. Volveremos a la entrañable prosperidad de antaño.

-¿Y si regresa la antigua servidumbre, la misma que los abandonó en este delicado momento?

Vi a Kirie removerse apenas, siempre la porte digna, de una dama, siempre aquella manera tan distanciada de dirigirse hacia mí, que más me excitaba y me hacía anhelarla, pues un bocado puesto a tres pasos era siempre, en mi opinión, más tentador que un bocado que reposa en la palma de la mano.

-Si regresa, será mi deber el hacerles responder preguntas, pero como su esposa misma lo notó, se necesitan manos expertas para dar los cuidados necesarios que esta mansión requiere.

-¿Y no habrá castigo para esa ingrata tanda de sirvientes?

-Estimo que lo habrá- notó Torrence Gretchen. Justo entonces, como tenía previsto, a mi lado Charlotte exhaló un suspiro fascinado, y levantó entre las astas de su tenedor plateado la carne rojiza, especiada que había cortado, con admiración.

-¡Torrence! ¡Su cocina es excelente!

-Mis mayores agradecimientos, señorita Depeaux. Aunque sería justo añadir elogios al libro del cocinero, que tanta amabilidad tuvo en dejar atrás tras su huida.

-Y el plato, el vino, todo es verdaderamente interesante...

-Me complace que le agrade la carne.

-Jamás había probado una carne como la suya, Torrence. Por favor, detalle un poco con qué la ha especiado. A mí, desde que soy pequeña, oír de ese tipo de cosas me abre mucho el apetito, un placer poco culposo con el que mi querido Edmund no parece nunca hallarse de acuerdo.

Aprovechando que Charlotte cumplía a la perfección su rol y que la charla de ella y Torrence Gretchen ya adquiría tintes de privacidad, me permití darle la espalda a mi amada y volverme hacia Kirie, confidente, solícito.

-Así, pues, ¿no castigarán?

-Sería vano intentarlo, mucho me temo- la oí confesar, la leve inclinación de sus hombros encendiendo mil llamas, la seda rojiza de su vestido anticipando una infinidad de placeres- De castigos, Torrence y yo sabemos más bien nada, y en cuanto a que esos hombres y mujeres nos son necesarios, nada haremos hacia ellos. ¿Le parezco muy débil, Edmund?

-Al contrario, Kirie. Usted me resulta tan radiante como el sol.

-Oh, me agradaría tener ese tipo de energía. Así, contemplar estos muros no sería para mí una tarea tan desconsoladora.

Me acerqué, cuanto me permitía la silla y un poco más, hacia donde ella reposaba, sin tocar su plato. Estaba tan cerca que podía ver la fábrica de sus ropas, podía ver los vellos del arco perfecto de sus cejas, las mínimas, insignificantes fallas en su piel, todo lo que la hacía humana, todo lo que la hacía apetecible para mis más profundos deseos.

-Tengo buenos recuerdos, de usted, de este sitio, y aunque me castigo a mí mismo por no haber apreciado su gracia, Kirie, puedo decirle con certeza que los muros de la mansión no han cambiado. Calme su congoja, encienda su corazón, piense que está hundida, tan solo un instante, un mísero instante, y que luego podrá salir, podrá emerger, podrá ser la digna y justa señorita que el mundo espera que sea. Cuando ese momento llegue, Kirie, yo, su amigo, su servidor, la estaré viendo desde abajo, más que complacido, y le regalaré una sonrisa.

-¿Una sonrisa?

-Una sonrisa de esas que dicen “te lo advertí, confiaba en ti, más que ti”. ¿Las conoce?

-Me temo que no.

Parecía algo emocionada. ¡Qué inocencia!, pensaba yo, cerniéndome más y más, acortando las dolorosas distancias entre nosotros. ¡Cómo podía existir una gema así, en este sitio olvidado, en este sitio tan horrendo! Debía rescatarla, cuanto antes, era menester que la tomara de aquí y la llevara conmigo, lejos, bien lejos de toda esta dejadez e inmundicia, de este frío que calaba los huesos.

-Entonces será mi deber, para pagar el error de mi infancia, hacérsela conocer.

Y me aproximé, hasta que nuestros rostros quedaron tan cerca que ya no era debido, tan cerca que, de no ser Charlotte Charlotte y de no ser mi persona mi persona, algún escándalo se hubiera sucedido de inmediato. Kirie contuvo el aliento, ruborizada, tan encantadora que estrujaba mi alma, la pisoteaba, la hundía en los océanos vertiginosos de la locura. Y he aquí, aspirando su aroma, que pude imaginarlo con claridad, que pude sentir la suavidad de ese cabello, entre mis dedos, la inocencia de esa pulcra piel, el tironeo de sus labios mientras paso el hilo, moviendo mis dedos como arañas, empujando la cuerda y la aguja a través de la boca, como el más furioso de los amantes, mientras con mi otra mano sostengo su cabeza, con postergada tranquilidad, hallando por fin la paz que necesito: esa cabeza, la hermosa cabeza de Kirie, que me deslumbra con sus rizos de oro, esa cabeza tan perfecta, reposando en mi regazo, mientras coso sus labios y sus ojos, y la cierro, y puede quedarse para siempre conmigo, lejos en donde quiero llevarla, lejos y conservada como las buenas cosas deben estarlo, ajenas a los horrores de este mundo, de un mundo que debería debatirse entre el placer, ¡y sólo el placer!

Todo esto pienso, en esos instantes. El gesto lascivo de Charlotte, a mi lado, debe tener una idea similar para con su víctima. Pero Charlotte es más ociosa, menos poética que mi persona, y aunque su sentido práctico, su lujuria sin fin, su fingida imbecilidad encantan mi mente, también debo admitir que es más cruel, mucho menos romántica, que para mi amada Charlotte el romance es un orgasmo sangriento, desmedido, es el dolor más terrible entrecruzado con la dicha, es el placer en saber que el sufrimiento ha acabado, que jamás volverá a renacer, que el sufrimiento es un tesoro que puede ser apreciado por quienes saben paletear sus incongruencias en cuanto a que se desvanece de los aturdidos sentidos.

Dejo a Charlotte reír, descender con un hábil movimiento la línea de su escote hacia un inadvertido Torrence Gretchen. Lo que capta mi atención, lo que me atrae es Kirie, Kirie, la única, Kirie, tan brillante, tan antigua, un recorte en el tiempo, algo que dejé atrás, algo que me estaba esperando, de lo que no puedo sustraerme, mi tesoro, mi

fuego, corriendo y ardiendo las paredes de mi pasado, abriendo la luz de cientos de antorchas, abriendo el amanecer a algo que creía olvidado.

Pero Kirie habla, sin dejar de verme.

-¿Tuvieron suerte en los corredores, Edmund?

Me detengo. Me detengo y pienso de verdad, pienso a qué se refiere, y entonces recuerdo al bebé, al maldito bebé. Aquello fuerza mi retroceso, pierdo un poco de la esencia de ella, de su perfume.

Digo, rebuscando entre las excusas de mi vida:

-Me temo que no, pero sin duda lo hallaremos.

Kirie dice:

-Este sitio es extenso. Mucho más extenso de lo que una puede imaginar.

Y yo me vuelvo hacia ella.

-Hallamos una muñeca.

-¿Una muñeca?- pregunta Kirie.

-Sí- asiento- No muy lejos de la habitación en donde el anciano Franz Tommeau solía reposar, nos topamos con una muñeca. ¿Sabe a lo que me refiero, verdad? Lleva un vestido similar al que usted porta ahora, aunque con mucha menos gracia. ¿Quizás eso...?

Me inunda cierto malestar al ver a Kirie Gretchen interrumpida, los ojos bien abiertos, la boca entreabierta en el gesto enajenado de quien no alcanza a comprender. Me siento tentado a chasquear los dedos frente a ella, pero no quiero interrumpir nuestra privacidad, no quiero atraer ninguna otra atención a nuestra esperada charla. En cambio procuro hablar: no creo necesario añadir ya que, durante mis años como estudiante y mis años como estafador, las palabras fueron siempre mi principal recurso.

-Debió ser un error- digo, y Kirie deja de abstraerse, despierta de su sueño, enfoca el esmeralda de sus ojos en mí, estremeciéndome- Por cierto, durante aquel pequeño paseo, tuve la oportunidad de destapar más de un recuerdo de mi infancia en este sitio, como de seguro puede imaginar.

-Él bebé- dice Kirie, como si en realidad no hubiera despertado.- Hace mucho frío.

-¡Oh, no se preocupe! Siendo un bebé, el frío debería hacerlo llorar. En cuanto lllore, estaremos advertidos para darle refugio.

Kirie negó, su belleza recorrida por un espasmo de dolor. Necesitaba matarla, sí, necesitaba hundirme en ella, pero al verla tan frágil, tan contraída, ¡y al mismo tiempo tan llena de fortaleza!, mis talentos, mis habilidades, las gracias con las que antes había rendido a tantas mujeres parecieron nada, escarcha en el verano, una gota que se diluía imprecisa, incierta, que me hacía volverme a ella con consternación. ¿Esto enfrentaba Torrence, todos los días?

-Recordé- proseguí mi guion, como si su interrupción no se hubiera sucedido- El día que la obligué a seguirme a las plantas más altas de la mansión, cuando...

Me pareció que mi interlocutora estaba demasiado inmóvil.

-¿Kirie?

-Prosiga, Edmund.

Me arreglé la garganta, y busqué con cuidado mis palabras.

-El día que, pensando que usted era Kay, la forcé a ser segunda mano en mis chiquilinas, en mis curiosidades. Fue el día que su abuelo nos descubrió, rondando cerca de su cuarto. ¿Le quedan memorias de ese desafortunado instante? Para mí, fue algo efusivo, a lo que no preste más atención a futuro, pero ahora, sabiendo quien es, Kirie, me queda pedirle disculpas, unas disculpas un tanto postergadas pero que...

-Lo siento, Edmund, ¿de qué está hablando?

El brillo volvió a sus ojos, y con eso la vida, pero por algún motivo Kirie me resultó diferente, o quizás había sido un instante de cambio, algo retorcido, algo que se había filtrado sin que yo alcanzara a comprenderlo. No me dejé amedrentar. En cuestiones de mujeres, estaba seguro de que lo conveniente era mantenerse constante, educado, atencioso.

-Una simple anécdota, de nuestra infancia compartida- hice un ademán con la mano, restándole importancia- Nada notable.

-Oh- pareció lamentarse Kirie, y sus propios dedos buscaron con cierto letargo la copa, la copa de vino tan rojo como la seda de su vestido, copa que acercó poco a poco a sus labios- Lamento mucho decirle esto, Edmund, pero la triste verdad es que tengo muy pocas memorias de mis años como Kay, solo las palabras de mi querido primo, lo que la servidumbre alcanzaba a contarme, algunos pocos instantes en los que puedo recordarlo a usted, tan bien como lo veo ahora frente a mí. Es poco consuelo, pero si le sirve, quiero que sepa que durante todos estos años ha tenido mi afecto.

Algo estaba mal. Comprendí que algo estaba mal, que algo había hecho mal, que ya no había vuelta atrás. Comprendí, también, que Kirie, la bella Kirie, la virginal Kirie estaba mintiendo. No en cuanto a su afecto, no, no en una nimiedad como esa: mentía en cuanto a sus memorias, mentía en cuanto a hacerse la desconocedora de aquel día, de esta mansión, de los verdaderos momentos que habían marcado el rumbo de nuestras juventudes.

Kirie mentía, y lejos, contra las ventanas bien cerradas de la mansión, un viento agitaba con furia los cristales, pues al borde de las tierras ya el Silencio se iba a aproximando con su intolerable pesar.

Fue al oírlo decir eso que sin proponérmelo me levanté de mi elegante silla, a duras penas dominando un furor imbatible, uno de esos furores que tienen los hombres de negocios frustrados, los padres decepcionados, los ánimos vigorosos, todo aquello que no soy, todo aquello que detesto, lo que siempre busca el orden, lo contrario del hedonismo que durante mi vida con tanto anhelo he abrazado. Atrapado ¡y con cuánta fuerza, cuán arraigado era el dolor que me contraía! En esa terrible sensación, la mirada curiosa de Kirie clavada en mí con sorpresa, solo pude dominar mis labios para pronunciar algunas palabras.

-Encontraremos a ese Bebé ahora mismo. ¡Charlotte!

-¿Edmund?- se giró Charlotte, que a poco estaba de treparse ya a la pierna de un tan agitado Torrence.

-Acompáñame.

Mi querida esposa bufó, inflando las mejillas como un infante, pero no desistió en abandonar su tarea de seducción y seguirme. Mis pasos y los de ella se perdieron por la puerta que daba al primer corredor, el que ya habíamos explorado. Ciertamente era que los míos eran más veloces, y Charlotte, algo atolondrada por mi repentina actitud, debía hacer tal esfuerzo por mantenerse cerca de mí, cada vez evidenciando más preocupación. Cuando llegamos al mismo sitio en donde hasta hacía unas pocas horas habíamos girado, danzando envueltos en nuestra perversa alegría, la vi detenerse y tomarme del codo, algo impresionada.

-Edmund, Edmund, ¿me explicas que está ocurriendo? Es como si algo terrible se te hubiera metido en la cabeza.

Dominado por mi arranque no dudé en besarla, un beso corto, ofuscado. Luego puse las manos en sus hombros, sintiendo la piel tibia bajo la tela.

-Kirie es hermosa, ¿no lo crees?

Charlotte se iluminó.

-¡Sin duda que lo es! Y ese muchacho, Torrence, es todo un encanto también. Lo vieras ruborizarse...

-Será tuyo. Sin embargo, querida, mi amada esposa, en esta empresa creo que yo he sacado la vara perdedora. Quiero que Kirie sea mía.

-Si en las palabras se resiste, ¿por qué no usar las manos? Todo lo que sé, y siempre supe, es que no hay mujer que pueda bloquear ese tipo de encantos.

-Oh, mi Charlotte, hay tanto que no entiendes, tanto que me gustaría poder explicar...

La solté, y ella ladeó su gesto con aún más curiosidad. Ambos retomamos nuestro paso.

-Edmund, ¿hay algo que no me hayas contado?

-¡Eso es lo terrible del caso!- exclamé, cubriéndome las sienes con las manos, intentando buscar algún placer en el dolor que sentía- No *conozco* qué debo contar, qué se supone que debería estar contando. Sin duda hay algo, ¡puedo ver que hay algo! Pero por mucho que lo repaso, en mi mente, una y otra vez...

-Tiene que ver con Kirie.

-Querida, todo tiene que ver con Kirie.

-Ella es tan hermosa.

-Y es virgen, y es rica, y tiene clase y cultura, e irradia energía, pasión, encantos femeninos, y sin embargo, oh, sin embargo, esta vez no se refiere a nada de eso, es algo más, algo mucho más desconsolador, y no me lo logro explicar.

-¡Desconsolador!

-¡Desconsolador!- repetí, temblando. Charlotte me rodeó como una serpiente avezada, cada vez más atónita- ¡Y silencioso! O peor aún, ¡es como un ruido indescifrable, que se agita, que se agita, que se agita! ¡Que hace bullicio sin cesar, en lo profundo de mi ser, y me desgarrar, que me grita mil cosas, que le habla a una persona que soy yo, pero bien no podría serlo, algo que perdí, una parte de mí que quedó atrás, tan atrás...! ¡Ah! ¡Si acaso pudiera escucharlo, comprender lo que me está diciendo! Kirie no es como las demás, no es como el resto de esas mujeres a las que con tanta pasión he amado. Kirie evoca en mí un tipo de amor muy diferente.

-¿La amas como me amas a mí?

-¡Aún más!

-¿Quieres hacerla tuya?

-¿Cómo preguntas esas cosas? ¿Cómo puede entrar en ti, querida, siquiera la impresión de lo contrario?

Charlotte se adelantó, poniendo su mano en mi frente.

-Oh, Edmund, me figuro que te perturba alguna fiebre. Estás hirviendo, estás lleno de delirio. Jamás te había visto así. Pero, como el destino y nuestro humor me ha hecho tu esposa, pondré orden a tus pensamientos.

Se me ocurrió entonces que, desde que la había conocido, jamás Charlotte había hecho eso. Ella se tendió sobre mí, cruzando sus brazos sobre mi cuello, hundiendo su rostro encima de mi hombro.

-Tú *deseas* a Kirie.

-La deseo.

-La deseas, la amas- volvió a hablar mi amada esposa, sin moverse- Todo lo demás, todo el resto es la fiebre, es este maldito frío, Edmund, hasta a mí me cala los huesos, y el Silencio que se acerca, que no debe pasar. La deseas, y la amas, y entonces, ¡cómo decirlo! ¿No está claro, no está perfectamente claro lo que debes hacer?

Se estiró de mí, guiándome, danzando con gracia por sobre los adoquines.

-¡Tienes que hacerla tuya, Edmund! Y yo haré lo mío con Torrence, y ambos dejaremos este sitio cuando salga el sol, tan frescos y descansados como si hubiéramos pasado una semana en la posada, susurrándonos en la cama. Edmund, Edmund, ¿debo enseñarte todo de nuevo, como si fueras un niño? Estás débil, me altera verte de esta manera. Tienes la aguja, ¿verdad?

En el bolsillo de mi traje, una punzada me dio la respuesta.

-La tengo.

-Que no se hable más entonces. *Que no se hable*. Aguja, hilo, un cuchillo bien afilado y la carne de nuestros cuerpos, eso es todo lo que siempre hemos necesitado para amar. Todo lo demás son chiquilinas, ¡chiquilinas, mi Edmund! Pareces un niño enrabiado que no comprende un juguete.

Cruzamos tres umbrales, y aquel cuarto desordenado se nos apareció. Nuestros pasos fueron atraídos al espacio en donde la muñeca esperaba, tal si nuestra charla hubiera llegado a sus oídos muertos.

-Tienes razón- admití.

-Oh, Edmund, ¿alguna vez no la he tenido?

Me acerqué a la muñeca, a esa maldita muñeca. Examiné de cerca su piel tersa, el negro cabello, la expresión queda, sumisa con la que no miraba nada en particular. Hurgué mis bolsillos, y extraje de allí la aguja, el largo hilo. Realicé ese acto con solemnidad, como el párroco que se dispone a aplicar la ceremonia religiosa frente a sus allegados.

-Quizás te parezca una locura- dije al aire, a Charlotte, un poco a mi propia persona, que tan adormecido me sentía- Pero, de existir un villano en esta mansión... Si tuviera que señalar la fuente de mi apeno, de la congoja incontenible, indescifrable que escarba bajo mi piel, ese villano...

-En esta historia...

-Sin duda sería esta muñeca- completé, mirando a mi amiga. Ella se sonrió, y se puso se cuclillas también frente a la niña.- Es un objeto, y nada más, ¡pero con cuanta artesanía ha sido hecho!

-Envidio su piel.

-Sus ropas son caras, no he visto realeza que pudiera pretender usarlas siquiera.

-¡Y su cabello! ¡Se siente real, Edmund!

-Mientras más la miro, en ocasiones...

Ambos escudriñamos, cada vez más cerca. La muñeca permanecía inmóvil, encarando el suelo, y mi corazón dio medio vuelco.

-Se parece un tanto a nuestra anfitriona- notó Charlotte, admirada. Y con solo esas palabras, yo hice girar el hilo sobre la punta de mi índice, sin despegar los ojos de aquella criatura, y ella se sonrió, sabiendo lo que vendría, y se dispuso a tomar a la muñeca de los hombros, levantarla, apoyarla en su regazo. Me tendí sobre ambas, sobre Charlotte, sobre la muñeca, e imaginé que la última era Kirie, o algo similar a Kirie, aunque en mis ojos cansados, dolidos, la imagen de aquel muchachito con el que yo había realizado tantas travesuras de pequeño se interponía cada tanto al rostro fresco y perfecto de mi musa, haciendo temblar mis dedos, haciendo temblar la aguja que dirigí a sus labios. La punta se hundió perfectamente, en el material sólido del que aquella figura estaba compuesta. La muñeca no se movió, y Charlotte en cambio sí dejó las fibras de su cuerpo estremecerse, mientras yo pasaba el hilo, tiraba, hacia mi obra como una paciente araña y sellaba los labios falsos, llenos y rosados, labios que callados me decían mil cosas, una expresión tan vacua y por eso mismo tan fácil de llenar, tan buen receptáculo de mis recuerdos. Al finalizar, ambos contemplamos aquella boca cosida, cerrada, y luego nuestros propios labios se encontraron. Besé a Charlotte. Ella rió, excitada, y sujetó con dulzura la cabeza de nuestra víctima, como enseñándomela; yo vi aquel cuello esculpido, pálido, que tanto se parecía al de Kirie, y entonces la fiebre desapareció del todo, reemplazada por mi pasión, y hundí las manos en él, con tal fuerza que a poco vimos la cabeza salir despedida, en el regazo de Charlotte. El cuerpo de la muñeca cayó, arrojado entre los demás juguetes que había. Yo lo levanté entre mis brazos con dulzura, tanteé las formas femeninas, incipientes bajo el vestido, y Charlotte, todavía con la cabeza en su regazo, cerró los ojos de aquella niña y la besó, como Salomé había besado la cabeza de Juan El Bautista. Luego separé los brazos, sacándolos de la seda que los aprisionaba, luego levanté la falda y corté las piernas, sesgándolas con mi fuerza, luego dividí a la mitad incluso esos pedazos que con saña había formado. El torso quedó mancillado, el vestido revuelto sin forma sobre él. Mi esposa dio un

gemido de excitación. Levantó la cabeza, aquella maraña de cabello oscuro, y me la tendió, y ambos cernimos nuestros labios sobre ella al mismo tiempo, dos amantes comiendo del fruto prohibido, ¿no éramos similares acaso a los primeros hombres del Jardín del Paraíso, a lo que debieron ser los hombres bajo los ojos de Dios?

Minutos después, porque el frenesí de nuestro amor nos había desbordado, nos dimos cuenta de que ya no quedaba nada de reconocible en la muñeca. Charlotte arregló su falda, los rizos castaños que bordeaban su encantador rostro, y yo alisé el contorno de mi traje con cuidado, intentando no evidenciar descuido alguno. Aquí o allá, la muñeca se hallaba hecha pedazos, plagando el suelo en donde habíamos dejado escapar nuestros sentidos. Había terminado como siempre. Aunque no era una mujer de verdad, la había amado como había amado a tantas antes.

Dejar evidencia, pensé, hubiera sido poco encomendable. Me dirigí a la ventana, la alta ventana que daba a la oscuridad de la noche, al patio exterior de la mansión. La abrí, y Charlotte me miró todavía suspirando, interesada.

-Arrojémosla por aquí- dije.

Una tras otra, las piezas de nuestra enemiga fueron cayendo, perdiéndose en aquel vacío y entre las sombras, en el horizonte que desaparecía de nuestra mirada, sin hacer el más mínimo sonido.

VI

-Lo que usted ha hecho- dijo el extraño sentado en el sillón, en cuanto volví a aparecerme en el comedor- Ha sido un crimen irremediable. Usted Edmund, ha realizado aquello que no debía realizarse. Ha mancillado su mayor tesoro, y ahora deberá pagar las consecuencias.

Era un hombre que no había visto antes: alto, de gabardina, el rostro ensombrecido por un sombrero de ala baja y cierta actitud demasiado relajada, desarmada sobre el asiento en el que se encontraba desplomado. Al instante sentí un profundo desagrado por su presencia.

Me senté a su lado, controlando que la aguja estuviera en su lugar, que las cosas estuvieran en donde debían estar.

-¿Qué dice?

-Digo- levantó el índice el extraño sin mirarme- Que, caballero, se ha equivocado. Allí donde debías verlo, dejaste caer tus párpados. Te has dejado llevar, por las palabras de una mujer.

-No comprendo de qué me está hablando, Señor...

-Pero creo que quizás era algo inevitable. -continuó hablando, sin haberme escuchado- Las mujeres son una tentación grande, demasiado grande para cualquiera de nosotros. Que usted haya cedido a la suya, francamente, no debería causarme sorpresa alguna. Usted es humano, Edmund. Esa es la mayor tragedia de nuestra especie, hagamos lo que hagamos, siempre seremos humanos.

-Ese es el mayor deleite.

-Lo es, si no entiendes. No lo es, si no entiendes.

-Dígame su nombre.

-Soy una parte del todo. Puede llamarme un heraldo, una vanguardia, puede ponerme el nombre que se le antoje. Estoy aquí para entregar un mensaje: que es demasiado tarde, que lo mejor es prepararse. Estoy aquí de parte del Silencio.

-El Silencio no puede pasar a esta mansión.

Me pareció que, bajo el sombrero, el extraño sonreía.

-Edmund- dijo, levantando un dedo otra vez- Usted lo ha dejado pasar.

-Nada ha pasado.

-Su conducta ha abierto una ventana.

-El Silencio estaba demasiado lejos.

-¡Oh! Por favor, no se culpe realmente. Iba a ocurrir de un modo u otro: verás, uno hace lo que puede, pero la estructura es débil, forma rendijas, y por allí se hacen los huecos por los que el agua se filtra siempre, tan helada y constante. Esta mansión está llena de huecos, yo mismo lo sé muy bien. Sus acciones son irrelevantes. Las acciones de un hombre que sólo persigue la autocomplacencia siempre serán irrelevantes. Dejarse llevar por el encanto de una mujer, por otra parte, fue el defecto que inició todo este embrollo; y ahora mismo usted no tiene más remedio que soportarlo. Hemos fallado, Edmund. Ambos. Ambos fallamos a la encantadora señorita que rige como senescal entre estos muros.

-Sigo sin comprender, señor, a qué se refieren sus palabras.

-Sencillamente hemos fallado, esa es la más pura verdad. No es preciso que busquemos consuelo: al fallo, la expiación llega por su cuenta. Será verdaderamente terrible, pero podríamos pensar, dado el caso, que también era verdaderamente inevitable. Pues se aproxima. ¿No puede oírlo?

Permanecí callado, mirando al extraño. Algo en él me resultaba levemente familiar.

-Por supuesto que no puede oírlo- se contestó a sí mismo, y me recorrió la impresión, imprecisa tal vez, de que de no estar yo a su lado igual hubiera seguido soltando las mismas frases que ahora desenrollaba para mí- No puede oírlo, pero le diré un secreto, Edmund: el Silencio, al menos en lo que a nosotros concierne, no es la ausencia de voces. Es la ausencia de oídos.

-Basta.

-Y pensado así, era natural que fuera a filtrarse. Los pobres, las familias penosas que se juntan en la periferia, entienden mucho mejor de cómo enfrentar el Silencio de lo que se hace aquí, a esto puedo jurarlo. Es un misterio que, en tantos años, no hayamos aprendido un poco de ellos. También es una lástima que sea ya demasiado tarde.

-¿Quién es usted? ¿Quién le dio permiso de entrar aquí?

-En todo sentido, soy el verdadero dueño de esta morada. No requiero de más permisos, ni de presentaciones. Algo así también es irrelevante; ya debería comprenderlo, Edmund. En cuanto a mi nombre, ¿no es ese también un asunto particularmente carente de importancia? Lo que mi nombre signifique para usted, llevados al caso, cualquier odio que pueda sostener contra mí, no es más que una huella, una huella que bien supo ignorar en su momento. Por consiguiente, me mantendré en el anonimato.

-Me encargaré de hacer que lo echen de aquí.

-Con honestidad, le deseo la mayor de las suertes al respecto.

-Usted no puede pretender...

-Yo no pretendo, Edmund. No soy más que una imagen. Aún así, es bueno estar aquí de vuelta. Es bueno presenciar el final de las cosas. Porque después de cualquier cataclismo, envuelve al mundo una paz incalculable. La salvación de su alma puede contar con eso.

-¡Todo lo que dice son patrañas!

-Edmund, ¿con quién estás hablando?- preguntó Charlotte, asomándose desde el umbral al pasillo. Yo me revolví un poco, controlando que el extraño permaneciera fijo en su asiento, y luego me levanté del mío, hacia ella.

-Con nadie. ¿Cómo se encuentra Kirie?

Desde que habíamos regresado, Kirie estaba inestable, furibunda, con ánimos a tal punto caldeados que era imposible saber qué le había ocurrido. Charlotte y Torrence intentaban contenerla, en la cocina. Yo dejé mi asiento para verla, siempre sabiendo que el espectáculo abriría una brecha en mi corazón: pues me resultaba casi insoportable

tener que enfrentarme a esa Kirie Gretchen de pupilas contraídas, cabello desordenado, esa Kirie que apenas controlando su respiración intentaba deshacerse del agarre de su primo y arrojarle hacia algún lado, mientras gritaba:

-¡El bebé! ¡El bebé!

-Querida prima...- decía Torrence.

-¿Es que no escuchan como llora? ¡Está afuera!

-Kirie, mi amiga, no hay nada afuera- continuaba Charlotte.

-¡Algo le ha ocurrido!- se sacudía Kirie, casi echando espuma por la boca- ¡Oh dioses, afuera esta tan frío! ¡Edmund, por favor, ayúdeme un poco! ¿No escucha los llantos que vienen desde el jardín? ¿No cree que mi bebé suena como destrozado? No quiero imaginar, qué podría haberle pasado. Edmund, Edmund...

-Por favor, Kirie, le ruego que se calme. El silbido del viento le juega una mala pasada.

-¡El silbido del viento...! ¡Y luego serán los sauces, las hojas secas en el camino, la luz de la luna, pero al final...! ¡El rey de los alisos tocará mi alma! ¡Oh, Edmund, mi amiga Charlotte, querido primo...! ¿Cómo es que no pueden oír esos llantos? Atravesan mi pecho, se pierden en mí, se entierran bajo mi piel. ¿Cómo no pueden oírlos? ¡Es desgarrador!

Quedamos en silencio, en secreto cada uno intentando captar aquello de lo que Kirie tan vehementemente nos hablaba. Pero más allá del mismo viento, y del suave mecer del follaje de los árboles en la distancia, no podíamos oír nada. No había ningún llanto, ni el más mínimo aullido, nada que perturbara la quietud nocturna. Kirie se estremeció, sacudiéndose de pies a cabeza. Yo vi, por el contorno de la puerta, al extraño que continuaba sentado, dándonos la espalda. Musitaba:

-Creo que esta es buena hora para dormir, ¿no le parece, Edmund?

Como mis actos me eran consecuencia muda de cosas que no entendía, sentí una clara necesidad de deshacerme de ese misterioso hombre. Tuve la impresión de que, de hundir un puñal en su pecho, sin más razón ni asunto que el desagrado que me provocaba, hubiera conseguido aliviar de algún modo los pesares de Kirie Gretchen, o al menos, aplacar la incomodidad que sentía en ese momento.

Con eso en mente, ojeé la cocina en busca de algún implemento con el que realizar la tarea. Había diversa utilería que servía mis propósitos, pero de entre aquella gama de filos, me decidí por un cuchillo plateado, cuya utilidad era la de pelar frutas, que mi ojo experto adivinaba lo suficientemente filoso como para sesgar una garganta. Me separé de Kirie, de Charlotte, de Torrence, y caminé hacia el sillón donde el extraño reposaba. El sombrero le tapaba los ojos. Seguía siendo, eso sí, una presencia familiar. Continuaba sonriendo.

Alcé el cuchillo, dispuesto a solucionar el asunto en apenas unos instantes.

-¿Edmund?- dijo Charlotte desde la cocina. Entonces hubo un estruendo espantoso, algo similar a un trueno, a un golpe frenético que sacudió toda la mansión, haciéndonos tambalear como simples figuras de trapo. Frente a mí, la puerta de entrada se abrió de par en par, revelando la noche y el jardín, y al verla y creer ver allí una sombra, aterrado como me encontré, no pude detener a Kirie, a Kirie que se había zafado de su agarre, que gritaba.

-¡Mi bebé! ¡Está allí afuera!

-¡Kirie!

En vano, Torrence intentó aferrarla de nuevo. Quedé mudo, con el cuchillo en la mano, viendo a Kirie perderse en la oscuridad de afuera, la falda de su vestido y su cabello dorado lo último en desaparecer. Bajo mi persona, el anciano de la gabardina exhaló un suspiro fatigado.

Luego en silencio todos contemplamos la puerta cerrarse otra vez, y los gritos de Kirie Gretchen se cortaron de improviso.

VII

En el momento en el que Kirie Gretchen se desvaneció, pareció como si con ella un rumor hubiera escapado de la mansión: nos rodeó a los tres un vacío, algo que me evocaba la idea de que, en realidad, éramos Charlotte, Torrence y mi persona quienes realmente habíamos quedado afuera, desprotegidos del viento, el frío y los terrores que se aproximaban. Pero poco después el calor de la chimenea que crepitaba cerca de los sillones fue mermando esa impresión, y al final simplemente nos reunimos, cercanos a la puerta, dominando nuestra impresión para saber cómo actuar en el momento.

-Opino- dije- Que deberíamos buscar a Kirie. No puede haberse alejado particularmente de los terrenos de la familia. Charlotte queda excusada, claro, de una tarea tan peligrosa, y en cuanto a usted Torrence, puedo notar que nada ha hecho para llegar Kirie a tal punto, como para escapar de nosotros tal si un padre golpeador fuéramos. Me hago responsable entonces del plan. Si me lo permiten, me encargaré de que Kirie regrese aquí mismo en tan solo cuestión de minutos.

-Edmund, ¿estás seguro?

-Señor Edmund, le agradezco enormemente su preocupación por mi prima, pero lo que nos ofrece es una locura. La aguja de todos los relojes roza las doce: sabiendo esto, está claro que salir no es seguro. No lo ha sido desde que el sol se puso, y ahora mismo, la sola idea preocuparía a cualquiera.

Charlotte se estremeció.

-La pobrecita Kirie...

-Entonces, ¿Qué podemos hacer? No quisiera imaginarla a ella, sola en ese frío que tanto temió. Y el bebé... Dígame, Torrence, por la confianza que me ha mostrado, ¿a qué se refiere Kirie con ese bebé? ¿Es verdad siquiera que hubo un bebé en esta casa? Sin pecar de cínico, desde que llegué aquí la idea me ha parecido un tanto absurda.

Vi a Torrence Gretchen cubrirse el rostro, fatigado. Me figuraba que iba a resistir más, pero tal vez la insistencia de Charlotte y los últimos eventos lo habían cansado demasiado.

-No sé si hay un bebé. Cuanto mucho, sé que para mi prima lo hubo.

No se decidió a revelar más, y yo eché una ojeada al extraño del sillón, que continuaba tan quieto que parecía muerto. O, ¿acaso lo estaba? Pero yo no recordaba haber hundido el cuchillo que ahora descansaba en el suelo en su garganta, y si algo lo había matado, como mucho había sido el terrible temblor que había sacudido los cimientos de la casa, espantándonos a todos. Se lo veía aún así muy tranquilo luego de

la muerte, en la misma posición de siempre, y hasta no me costó adivinar la sonrisa tras el cuello de la gabardina.

Charlotte se aproximó a ese asiento, tirando del brazo de Torrence, hundiendo su hombro en su pecho.

-¡Torrence, Torrence! Algo debemos poder hacer. Edmund, yo, ambos estamos desesperados por ayudar a Kirie. ¿No hay nada que podamos aportar?

Se me ocurrió, otra vez, que Charlotte no lo entendía. Mi querida Charlotte pensaba, en otros términos, superficiales, pensaba en la injusticia que sería el que ella disfrutara de su pasión por Torrence Gretchen, sin que yo pudiera hacer lo mismo con la pasión que sentía por Kirie. Charlotte no lo entendía, pero yo tampoco, así que decidí no decir nada. Tenía la mente enturbiada, y por eso no repliqué cuando Torrence se soltó de ella, cuando señaló el corredor que llevaba a las plantas superiores.

-Salir al patio es un suicidio, pero desde las ventanas, es posible que podamos hacer llegar nuestra voz a ella. Edmund, señorita Depeaux, por favor, me complacería que me ayudaran en esa tarea. Kirie ha estado... Desde la muerte del abuelo, Kirie no se ha hallado muy bien, como de seguro ya han podido notar. La servidumbre que se retiró, inclusive yo mismo pudimos comprobarlo. Honestamente, albergué la esperanza...

Le miramos.

-Pensé que, de invitarle, Edmund, tal vez ella recuperaría...- se sacudió un poco, pero luego optó por callar aquella idea- Bueno, no es necesario decirlo. Las cosas no han salido como lo esperaba.

-Hizo lo que podía, mi amigo. No puede culparse a sí mismo por lo que ha ocurrido.

Dije esto poniendo una mano en su hombro, conciliador. Dentro de mi pecho, un millar de emociones se seguían entrechocando, luchando entre sí por escapar. Me sentía un globo a punto de estallar.

Di una última mirada al cadáver del extraño, sin ninguna idea en particular, y luego hice un guiño algo exagerado a Charlotte.

-Querida, tú y Torrence pueden buscar en las ventanas de esta planta. En cuanto a mí, creo que visitaré alguna de las habitaciones que revisamos antes. Tengo la impresión que desde arriba tendré mejores oportunidades de distinguir a Kirie del follaje que rodea la mansión.

Ambos asintieron, ella comprendiendo bien mis intenciones. Charlotte aferró el brazo de Torrence, acercándolo a la cocina. Olvidándolos ya, y sintiendo que había hecho un bien a mi amiga, me encaminé a solas por el corredor de antes, sumido cada vez en una mayor desesperación. ¿Qué le había ocurrido a Kirie? ¿En dónde se hallaría, acaso el Silencio ya la había tragado? No dejaba de pensar en las palabras del anciano, mientras surcaba los pasillos, no dejaba de estremecerme imaginando el helor de afuera, y la emoción, la emoción...

¿Qué era esta emoción? ¿Amaba a Kirie? La amaba, sí, era innegable que la amaba, que mi corazón era blando en cuanto pensaba sobre ella. Pero la amaba de un modo particular, como el que jamás había amado antes. Kirie era algo más. Todo eso me dije a mi mismo, cuando subí los peldaños de las escaleras, cada vez más apresurado, siempre temiendo algo que no llegaba a poder descubrir. Como el Silencio, la verdad no me era pronunciada. Pero estaba seguro de que yo amaba a Kirie Gretchen, de esa idea podía por completo aferrarme, un oasis en el desierto de horror, una llama que iluminaba el sendero tortuoso que hacían las palpitaciones de mis entrañas.

Kirie, Kirie, ¿A dónde te has fugado?

La noche no pudo haberte devorado, no pudo haber hecho alimento del sol que hay en tu cabello.

Entre las manzanas sombreadas, arrastrando pies descalzos, de seguro buscas, murmuras, como Ofelia, piensas que hay algo en donde más bien hay nada.

O quizás tú misma pudiste verlo, y nosotros no, ¿no sería esa la gracia?

Porque ahora me pregunto, con temor, si no me he equivocado durante todos estos años, si no he vivido junto con Charlotte un sueño demasiado largo, un sueño del que el pavor me despierta poco a poco, mostrándome la verdad, mostrándome la noche, que los mejores momentos de mi vida han decidido esfumarse. Me pregunto si no he errado, si no he ignorado aquello que no debía ignorarse, lo que estaba en mí, lo que estuvo en ti y en ese recuerdo durante tantos años. Me pregunto si no soy, en el fondo, un hombre desdichado, que fue feliz al no conocer de su desdicha. Kirie, Kirie, aún así, daría todo por volver a conocerte.

Giro, inmiscuyéndome por el cuarto en donde Charlotte y yo dejamos rienda libre a nuestra pasión. Se encuentra vacío. Corro hacia la ventana, la abro, asomo mi torso a las afueras de la propiedad. Está oscuro. Apenas puedo adivinar nada.

Cerca de unos árboles, creo distinguir una silueta.

-¡Kirie!

Ella está de espaldas, quieta. Permanece perfectamente inmóvil.

-¡Soy yo, Edmund! ¡Kirie, por favor, regrese!

Mi voz no le llega. Pero tampoco se mueve, ni se balancea, no hace más que estar de pie, sumida en sí misma, y no puedo adivinar qué clase de expresión sus dulces facciones muestran. Parece sostener algo. Parece hablar, o me figuro que lo intenta, pero nada de lo que dice llega a mí.

Me desespero.

-¡Kirie!

La ventana se cierra frente a mis narices, casi llevándome de bruces al suelo. Entonces siento que no hay mucho más por hacer. Siento que debo buscarla, pero que es inalcanzable. La amo. No la deseo, la amo. La aguja, danzando sola en mi bolsillo, pincha el globo de mi piel, deja escapar el aire de mi interior. Las lágrimas se deslizan por mi rostro. Amo a Kirie Gretchen. Y cuando pienso en eso, con un sollozo, decido ir a buscarla, traerla de vuelta al calor de mi cuerpo, salvarla de su locura y de su oscuridad.

Salgo de la habitación, y me paseo sin rumbo por las altas plantas, febril de emociones e ideas. Me tambaleo como un borracho, solo, en pasillos artificialmente iluminados, bajo los embates de la tormenta que da inicio. Me domina el vértigo, el temor. Debo salvarla. Debo salvarla, y aún así...

Mi paso se detiene frente al cuarto cerrado de Franz Tommeau De Gretchen, aquella puerta que parece viva, con sus decorados de leones y proezas. No sé qué me ha llevado hasta aquí, pero apoyo mi oído en ella. Del otro lado, me recibe una leve respiración. El cuarto está ocupado.

Todo lo que sé, es que jamás abriría esa puerta. Y es en cuanto tengo esa certeza, esa certeza que me acompañó siempre desde mis primeros años como protegido del amo en esta mansión, que veo una figura cruzármese: un niño, con mi rostro, un niño ojeroso que corre en dirección opuesta, dándole la mano a una nada que lo sigue. Entre lágrimas, retomo mis pasos hacia el salón comedor.

VIII

Mientras descendí la escalera pude oír dulces gemidos, pero a medida que más me acerqué a mi destino, las voces del amor se convirtieron en alaridos de dolor y espanto, que taladraban mis oídos, alaridos de la máxima agonía que alguien pudiera experimentar. Charlotte estaba cumpliendo su cometido, imaginaba, con el cuchillo que había recogido del suelo, el mismo que yo había tomado.

Pero en la condición febril en la que mi mente se hallaba, no pude pensar demasiado en Charlotte, ni en el desafortunado Torrence. Vagué, como un fantasma, entre la oscuridad de esa casona zozobranante, arrastrando los pies, dirigiéndome hacia el espacio de los sillones.

Todas las luces se habían apagado. Afuera, un vendaval silbaba y se estrellaba contra las ventanas, la furia de mil manos intentando perforar los cristales. En su asiento, el cadáver del extraño permanecía inmóvil, casi ajeno a todo ese estruendo.

Dudé de si sentarme a su lado, alicaído. No quedaba mucho por hacer. En cuanto pensé aquello, sobresaltando mi corazón, hubo tres golpes en la puerta.

Contuve el aliento, aproximándome.

-¿Kirie?

-Edmund, soy yo. Kay.

Me acerqué, con un jadeo desesperado, apoyé mi mejilla en aquella madera. Del otro lado llovía, llovía sin cesar. No sentía que nada detuviera la lluvia, pero allí estaba, era su voz, solo podía ser Kirie.

-Kirie, oh, Kirie...

-Edmund, el Silencio...

-Aún falta mucho para el Silencio. Aún tenemos tiempo, hay tiempo de que usted vuelva aquí, entre mis brazos. Kirie... Kay... Kay, ¿podría perdonarme? ¿Podría perdonarme a mí?

-...sigue entrando. Nunca dejó de entrar, desde ese día.

-¡Kay, lo siento tanto! ¡Voy a abrirte ahora mismo! ¡Aguarda!

-Jamás dejó de entrar.

Quitó la tranca, apartó el pestillo, usó todas mis fuerzas para abrir aquella maldita puerta. Amaba a Kirie. No iba a dejarla librada a esa suerte, a esas manos, al frío y la lluvia, no iba a dejarla librada como lo había hecho, no quería volver a sumirme en el placentero sueño que había llevado por tanto tiempo. Kirie, Kirie, aunque no me perdonara, mi Kirie, era preciso que la salvara. Mi corazón dio mil vuelcos, esperando

verla cernirse en mis brazos. Cuidaría del Bebé. Me encargaría de protegerlo, como a ella, no cometería mi pecado de nuevo. Todo eso era cierto. Todo eso, con lágrimas, me dije a mí mismo, prometí a la persona que se hallaba del otro lado, con un último tirón haciendo ceder la resistencia de la mansión.

Frente a mí, la Muñeca se encontraba de pie.

Exhalé un suspiro mal pronunciado.

Mis piernas me fueron llevando solas, temblorosas, hasta caer de espaldas contra el asiento libre, al lado del cadáver que se reía. No podía dejar de ver a la Muñeca. No podía despegar los ojos de su vestido, de la manera con la que se abría paso, acercándose a mí, de la fijeza de sus ojos. Diversos temblores me sacudieron de pies a cabeza. Las risas del anciano se continuaron: junto con la tormenta que asomaba por el umbral, no dejaban resquicio a ningún sonido, y sin embargo todo lo que hacía la Muñeca me era nítido, tan claro como la caída del agua y el golpetear cada vez más insistente de las ventanas.

La Muñeca ocupó su sillón, frente a mí, y comenzó a cantar:

*¡Hurra, hurra, boda!
El reloj ya marcó las doce
El emperador espera en su palacio
Tan negro como el suelo,
Tan blanco como el corcel,
Quien viene al último, la Muerte es.*

Tenía la garganta seca. Alrededor, en los contornos de mi visión, una oscuridad tan negra como el alquitrán iba recubriéndolo todo, dominándolo todo. Las cosas perdían su forma, el sonido era aturdidor, todo se sacudía, se sacudía y gritaba, los objetos gritaban, el anciano reía a las carcajadas, la Muñeca continuaba cantando su siniestra melodía, y solo mi voz se perdía, en el vacío, una gota dentro del estruendoso silencio, perdiéndose hasta ser nada, perdiéndose entre las sombras, borrándose junto a los muebles, la utilería, las paredes y el suelo, perdiéndose junto al cuarto de arriba y mis recuerdos, desvaneciéndose para convertirse en nada. Supe que, cuando el amanecer por fin llegara, la gente solo encontraría un desierto en donde antes se había erigido mi pasado, y con él, el pasado de la mujer a la que amaba.